Lealtad aragonesa

Emilio Alfaro

Lealtad Aragonesa.



LEALTAD ARAGONESA

ENSAYO DRAMÁTICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

Emilio Alfaro y Malumbres,

Estrenado con extraordinario éxito

en el Teatro Principal de Zaragoza

el 24 de Enero de 1883.

ZARAGOZA

Establecimiento tipográfico de Zacarías R. Prieto

1883.

PERSONAJES.	ACTORES.
D.ª ANA, esposa de	*D.ª Julia CIRERA.*
FERRIZ, hijo de.	*D. Miguel CEPILLO.*
D. JUAN DE LIZANA..	D. *Alfredo CIRERA.*
ALVAR RODRIGUEZ DE ESCOBAR.	*D. Manuel ESPEJO.*
ANTONIO PEREZ..	*D. Cárlos MIRALLES.*
FIGUEREDO, capitan.	*D. José M.ª DIEZ.*
FORTUN, criado..	*D. Julian TORRIJOS.*

SOLDADOS CASTELLANOS.

La escena es en un castillo del Pirineo aragonés.

Enero de 1593.



A D. Márcos Zapata

En testimonio de admiracion y verdadera amis-

dedica su primera obra dramática

El autor.





ACTO ÚNICO.

lon gótico. Puertas al fondo y á la izquierda. A la derecha, en primer término, ventana; en segundo término, puerta. Mesa con tapete; sitiales, taburetes y trofeos de armas.

ESCENA PRIMERA.

RRIZ, *de pié junto á la ventana, como contemplando la puesta del sol.*

¡Adios, sol! Quizás mañana
tu carrera al acabar,
cuando vengas á besar
los vidrios de esta ventana,
no iluminarás mi frente.
Quién sabe si con fiereza
contemplará mi cabeza
el rey Felipe *el Prudente?*
¡Adios, sol!... Si mi oracion
Dios hubiera de escuchar,

no volvieras á brillar
en la tierra de Aragon,
que aunque esparce la alegría
tu luz, esa luz ofende
á quien de vergüenza enciende
el rostro la cobardia,
y es, sol, preferible, al cabo,
gemir en la oscuridad,
que la sombra y soledad
son la herencia del esclavo.

(Con amargura.)

¡Ay de mí! Cual tú esplendente,
ceñida la sien de gloria,
por el cielo de la historia
rodó magestuosamente
mi patria, patria adorada
que hoy, con el laurel ya lácio,
por el destino al espacio
de la muerte fué lanzada.

(Con solemnidad.)

¡Qué fuego al fin no se apaga,
ni qué humano es inmortal,
ni de qué alberca el cristal
al mover no se encenaga!
¿Qué es la gloria? Desvarío,
humo solo, sueño vago.
que no resiste al estrago
ni al golpe del tiempo impío:
un resplandor que fulgura,
por nuestro eterno reproche,
como la luz que de noche
despide una sepultura:
menos que el cráneo seco
que causa el fulgor aquel,

que al menos se dá con él
y es la gloria solo un eco.
(Pausa.)
Tú nueva aurora tendrás
y no la tendrá Aragon,
que al caer una nacion,
no se levanta jamás
sino tras siglos de penas:
su mal solo el tiempo cura,
cuando aquella sangre impura
que circulaba en sus venas
corrompida por el vicio,
vertida toda se halla
ó en el campo de batalla
ó en el bárbaro suplicio.
Aquí, pues, la oscuridad,
y de esa tu luz brillante
goce el pueblo, que es constante
guardian de su libertad.
Déjame con mi delirio,
y alúmbrame solamente
para rodear mi frente
de la aureola del martirio.

(Cae en el sitial, como abrumado por el dolor, y oculta su cabeza entre las manos que apoya en la mesa.)

ESCENA II.

FERRIZ, D.ª ANA, *que sale por la izquierda.*

ANA. *(Reparando en Ferríz.)*
(ap.) ¡Qué dolorosa actitud! *(Se acerca á él.)*
(al.) Ferríz, ¿en qué estás pensando?

FERRIZ. Ana, me está devorando
la más horrible inquietud.

ANA. Por Dios, mi Ferríz, tén calma.
(ap.) Su pena es desgarradora.
(al.) ¿Lloras? Cuando un hombre llora
¡qué angustia siente en el alma!

FERRIZ. Cierto, sí; cuando traidor
llanto á sus ojos asoma,
sobre el hombre se desploma
todo un mundo de dolor.
Por esta lágrima amarga
juzga, pues, bien, Ana mia,
cuán horrible es la agonia
que mi corazon embarga.

(Pausa.)

Cuando era niño, mi abuelo
entre una y otra leccion,
que en mi jóven corazon
grababa yo con anhelo,
una y otra vez me dijo,
áun en la hora de su muerte
cuando con su mano inerte
expirante nos bendijo:
«Hijo, entre los libros, dos
»hay que respetes anhelo;
»el uno emana del cielo
»y su autor fué el mismo Dios.
»Libro bendito y sagrado
»que encierra de Dios la história;
»en tu pecho y tu memoria
»grábalo y serás honrado.
»El otro en el corazon
»tambien lo debes llevar
»y como á sagrado honrar,
»que es el Fuero de Aragon.

»Columnas fundamentales
»del edificio social,
»tienen orígen igual
»pues ambas son eternales.
»Ferríz, si el hombre iracundo
»algun dia las desquicia,
»es señal que la justicia
»habrá huido de este mundo.
»Pues su causa es tan sagrada,
»dá por entrambas tu vida
»y tén siempre prevenida
»á defenderlas tu espada.»
Esto dijo. Juzga, pues,
mi angustia cuánta será
al contemplar roto yá
el Código aragonés;
aquella severa ley
de un pueblo grande y feliz
que domaba la cerviz
del más altanero rey.

(Con rabia.)

¡Y sufrir que agora alfombre
nuestro pendon gloríoso
el trono de ese orgulloso
Felipe, y que por un hombre
suframos tanto dolor!

(Con desprecio.)

¡Por un hombre envilecido,
un cobarde, que ha querido
hasta quitarme el honor!

(Con rencor.)

De que el cielo en mi camino
lo ponga, tengo esperanza,
y cumplida mi venganza
me entregaré á mi destino,

y á no poder sacudir
aqueste ominoso yugo,
daré mi cuello al verdugo
antes que esclavo vivir.

ANA. ¡Cruel! ¿Qué fuera de mí
sin el cielo de tu amor?

FERRIZ. Es egoista el dolor
y no me acordé de tí.
Perdóname, Ana querida;
romper no quiero estos lazos
(Estrechándola cariñosamente.)
porque olvido entre tus brazos
los tormentos de la vida.

ESCENA III.

ANA, FERRIZ, FORTUN, *por el fondo.*

FORTUN. Señora...

ANA. Fortun, ¿qué ocurre?

FORTUN. Que al castillo, por el cerro,
se dirije gente de armas;
que á los postreros reflejos
del sol, brillan coseletes;
que del peloton en medio
ondea el pendon morado
de Castilla.

ANA. ¡Santo cielo!
¡Te han descubierto, Ferríz!
¡Huye!

FERRIZ. Imposible.

FORTUN. ¿Qué hacemos?

ANA. ¡Por Dios, Ferríz!
FORTUN. ¡Y don Juan
que no está, voto al infierno!
ANA. Pronto, que nada sospechen:
tú, buen Fortun, entreténlos *(Váse Fortun.)*
y tú, Ferríz, á esa estancia.
FERRIZ. Ana, es inútil.
ANA. Adentro.
FERRIZ. Pues la muerte nos reclama
cobardia no mostremos.
ANA. ¡Por tu padre!
FERRIZ. Déjame,
quiero salir á su encuentro.
ANA. ¡Jesús mil veces! ¡Por mí!
FERRIZ. Sea. *(Entra en la estancia de la derecha.)*
ANA. ¡Cristo de la Seo!

(Queda junto á la ventana procurando dominar su emocion.)

ESCENA IV.

ANA, ESCOBAR, *por el fondo, donde queda contemplando á la primera.*

ESCOBAR. *(ap.)* ¡Ella!... ¡Hermosa como siempre!
Calla, alma mia: refrena
tú, corazon, los latidos;
tú, mente calenturienta,
borra de tí el pensamiento
que te mancha y envenena:
es un ángel; á los ángeles

se adora, mas se venera.
Señora... *(Avanzando.)*

ANA. *(Viéndole y con alegría.)*
Alvar, ¿erais vos?

ESCOBAR. Yo, castellana hechicera,
que del castillo pasando
con mi compañía cerca,
he querido aquí venir...
(Ana palidece: Escobar, viendo su inquietud, continúa.)
Tranquilizaos.

ANA. *(Con recelo.) (ap.)* Sospecha
acaso...

ESCOBAR. Solo el amigo
ha traspasado esa puerta.
Pero pálida os encuentro,
y aunque, como siempre, bella,
vuestro rostro el sufrimiento
de vuestra alma trasparenta.

ANA. No es raro, Escobar, que asome
al rostro quien mi alma llena.
Angustias que me devoran,
dudas que me atenacean,
temores que mi alma agitan,
visiones que me desvelan,
y rumores que me matan
y dolorosas ausencias
y amargas olas de llanto
del mar ¡ay! de mis tristezas,
¿cómo en mi pálida faz
no han de dejar hondas huellas?
Mi Ferríz...

ESCOBAR. Teneis razon:
¡maldecida y triste guerra!
Juzgad la terrible lucha

que libran en mi conciencia,
de una parte el patriotismo
que exaltado se revela,
y de otra mis juramentos
á mi rey y á mi bandera;
lucha tremenda que mi alma
aniquila y atormenta.
Y gracias mil á que Dios
quiso, en su sábia clemencia,
que á Ferríz no me encontrase,
que si en las manos cayera
de mi embrutecida gente,
que codicia su cabeza,
yo no sé si la lealtad
ó mi cariño venciera,
pues quiero tanto á D. Juan,
tanto os adoro, Ana bella...

ANA. Callad, Alvar.

(Con severidad.)

ESCOBAR. No temais:
mi amor ni mancha ni quema;
es un amor puro y santo,
un culto que en la conciencia
os tributo silencioso.
¡Oh! No temais que os refiera
tormentos del pecho herido,
ó femeniles ternezas,
ni amarguras no soñadas,
ni martirios que me aquejan:
el destino nos cruzó
de niños en nuestra senda;
era la mia de espinas,
de rosas era la vuestra,
soñamos un punto. Luego
seguimos nuestra carrera

vos con la risa en los lábios,
yo con una herida eterna
y muerto de amor...

FORTUN. *(Anunciando desde el foro.)* D. Juan.

ANA. *(ap.)* Á tiempo, por cierto, llega.

ESCENA V.

ANA, ESCOBAR, D. JUAN.

ESCOBAR. Sed bien venido, D. Juan.

D. JUAN. Luces, Fortun, que es ya tarde.
(Váse Fortun, volviendo luego con un candelabro que dejará en la mesa.)
Hija mia... Que Dios guarde
á mi ahijado el capitan.
(Besando á D.ª Ana en la frente y abrazando á Escobar.)
De angustia y goce me llenas
al par. *(Á Escobar.)*

ESCOBAR. Podeis sosegaros.

D. JUAN. ¿Á qué venias?

ESCOBAR. A daros
noticias.

D. JUAN. ¿Malas?

ESCOBAR. Y buenas.

D. JUAN. Pues si no te causa estorbo
antes las adversas larga,
que la medicina amarga
tomarse há del primer sorbo.
Dímelas, pues, con presteza.
Vamos. *(Viendo que duda Escobar.)*

ESCOBAR. *(ap.)* ¡Esposa infeliz!
(al.) Que está de vuestro Ferríz
pregonada la cabeza.
ANA. ¡Virgen Santa del Pilar!
D. JUAN. Reflexiona, hija, un instante.
ANA. Padre, el corazon amante
no sabe reflexionar.
Solo sé, por mi quebranto,
que está mi Ferríz perdido;
dejad, pues, que dolorido
riendas dé mi pecho al llanto.
(Váse por el fondo.)

ESCENA VI.

D. JUAN, ESCOBAR.

D. JUAN. ¿Conque condenado está?
ESCOBAR. Cierto y sin apelacion.
D. JUAN. De los Fueros de Aragon
un nuevo mártir será.
Si las noticias funestas,
Alvar, son las que señalas,
todas las noticias malas
sean ¡por Cristo! como estas.
Para el varon valeroso
solo es la muerte un calvario,
aunque duro, necesario
para un vivir más glorioso,
y quien loco, Alvar, no está
cuando un héroe perece,
á los vivos compadece.

mas nó al que al cielo se vá,
que fuera loco delirio.
Dios, en medio de sus dones,
ha negado á mis blasones
la corona del martirio.
Si, en pago de sus desvelos,
á mi Ferríz se la dán,
por tal le bendecirán
sus victoriosos abuelos,
y de su suplicio en pos,
del tirano con insulto,
recibirá el mismo culto
que los mártires de Dios.
Díme las buenas, Alvar,
que te oigo con interés,
porque las malas... ya vés,
no me lograron turbar.

ESCOBAR. Son que el campo he recorrido
y en él, padrino, no está;
por tanto, á estas horas, ya
pasar á Francia ha debido.
Goce de tranquilidad
allí al ménos, cual anhelo,
y ojalá le salve el cielo
cual de aquella mortandad.

D. JUAN. ¿Grande fué, pues?

ESCOBAR. Grande, sí.
Nunca he visto tal furor,
ni ménos tanto valor
cual se desplegaba allí.

(Pausa.)

No sé cómo os la describa.
Rocas cortadas á tajo,
torrentes de sangre abajo,
torrentes de luz arriba;

pinares, mucha maleza,
mucha peña descuajada,
y el Gállego en la hondonada,
y arriba con aspereza
luchando uno y otro bando,
y con feroz rabia hiriendo,
y en el barranco cayendo
y en las peñas rebotando:
espantosa gritería
y salvajes alaridos,
y el clamor de los heridos
y gran fragor de herrería,
y por una y otra gente
la muerte abre paso franco,
y abajo... abajo el barranco
lleno de sangre caliente.
Cuerpos inertes sangrientos
del barranco en lo profundo;
sobre tanto moribundo
bandas de buitres hambrientos.
Tras de los gritos de guerra
silencio que dá pavura;
solitaria la llanura,
llena de nieve la sierra.
Doquiér llanto y pesadumbre,
y doquiér frio se advierte;
en el llano el de la muerte,
el del invierno en la cumbre.
Cuando de sangre cubiertos
los áun vivos se alejaron,
en el barranco quedaron
á solas... ¡Dios y los muertos!

(Con solemnidad.)

D. Juan. Él los perdone, Escobar,
y Él á Felipe perdone;

quien de aragonés blasone
no le podrá perdonar,
que él causó aquese espantoso
cuadro de aquel triste dia.

ESCOBAR. Padrino, mi compañía
aguardará, y me es forzoso
partir: tan solo por veros
la ruta en algo he variado,
y en el cerro la he dejado
tales nuevas por traeros.
Ahora, de mi suerte en pos,
á Zaragoza.—D. Juan,
adios.

D. JUAN. Mi buen capitan,
que guíe tus pasos Dios.
(Lo abraza y lo acompaña hasta el fondo; cuando ha salido, vuelve á la puerta de la derecha y llama.)

ESCENA VII.

D. JUAN. Sal, Ferríz.

FERRIZ. Padre mio,
impaciente aguardé vuestro regreso.

D. JUAN. No puedo más fingir: ¡destino impío,
cómo me aplasta tu terrible peso!
(Cae desplomado en un sitial.)

FERRIZ. Padre mio...

D. JUAN. Ferríz, ¡ay del que hiere
la mano helada de la edad impía,
árbol cortado por el tronco añoso
que aniquilado muere
sin fuerzas ni vigor, débil, rugoso!

¡Feliz edad la que permite al hombre
con su pujante espada
defender sus ideas y su nombre!
¡Ay edad desdichada,
la que brotando al beso de los lábios
del tiempo, solo tiene
llanto para llorar fieros agravios!
He llorado, Ferríz; en la capilla
de San Juan de la Peña,
á la luz vacilante y amarilla
de lámpara, que hacía más la sombra
resaltar, y teniendo
por dosel á la piedra berroqueña,
las tumbas de los reyes por alfombra,
he estado gimiendo
por el que fué Aragon, reino glorioso
que de la fé al impulso allí brotára,
y de láuro ceñido victorioso
medio mundo á su imperio sujetára.
He llorado, Ferríz, por nuestras leyes,
riquísimo ornamento
del pueblo que más libre siempre ha sido,
y que al soplo violento
de ese austriaco, orgulloso y maldecido,
fin sangriento han hallado
con Lanuza en la Plaza del Mercado.

(Con animacion creciente.)

¡Ya no es libre Aragon! En Tarazona
conciliábulo vil recientemente
remachó los macizos eslabones
de sus cadenas, y marcó su frente;
y en Aragon ¡blasfemia que baldona!
esos viles varones
que es reo de traicion han declarado
quien apellide libertad ¡oh mengua!

aquí que á tal renombre sacrosanto
de guerra, al aire el grito todos daban
y hasta las piedras con furor se alzaban.

(Con desaliento.)

¡Ay! ¡Con razon el llanto
corta la frase atándome la lengua!

FERRIZ. ¿Y qué fué de mis bravos compañeros?

D. JUAN. Por sus viles verdugos insultados,
Gurrea, Luna y otros caballeros,
como viles bandidos maniatados,
á Zaragoza marchan con presteza
do perderán cual buenos la cabeza.

FERRIZ. En tanto aquí... ¡llorando tanta afrenta
cual débiles mujeres!
¡Llorar! Aquesto más aún la aumenta:
ya no el pueblo valiente
seremos de otro tiempo venturoso,
mas rebaño de esclavos afrentoso
que gobiernan villanos mercaderes.
¿Y este es el Aragon siempre triunfante
que de oro en letras escribió su historia?
¿Este es el reino aquel, glorioso Atlante?
¡Ay, que aplastóle el peso de su gloria!

D. JUAN. ¡Ley perennal! Cuando en el auge brilla
de su poder un pueblo, le amenaza
la rápida pendiente
de un período fatal que lo amancilla
y su gloria ataraza
y estigmatiza su laureada frente.
¡Ay infeliz de aquel, que cual nosotros
queda entonces con vida
viendo el santo martirio de los otros!
La imágen maldecida
de lúgubres escenas, á la mente
viene con loco empeño;

ni áun es tranquilo el sueño,
que en el mismo aparece vagamente
al cerebro exaltado
la imágen triste de lo que ha pasado.

FERRIZ. Teneis razon: durante mi existencia
recordaré de Juan el postrer dia,
y aquel cuadro quizás con insistencia
me persiga tambien en mi agonia.

D. JUAN. ¿Viste, pues, de Lanuza el fin sangriento?

FERRIZ. Sí, por seguirle hasta el postrer momento,
de mi albergue salí triste y sombrio
tal noche: noche horrible, padre mio.

(Pausa.)

«Á Lanuza ayer prendieron,»
esa noche me dijeron:
dí al oirlo un alarido
y en vano me detuvieron:
por la noche protegido,
húmeda, lluviosa y fria,
en negra capa embozado,
presa de atroz agonía,
la hora de las tres sería
cuando llegaba al Mercado.
En un ancho soportal
no bien se fijó mi planta,
que un cuadro ví funeral
y un grito ahogué en la garganta
y sentí angustia mortal.
Un cadálso levantaban
seis figuras espantosas,
á la roja luz que daban
cuatro teas resinosas
que en medio la plaza estaban.
Padre, ¡qué horribles escenas
ví á sus resplandores rojos!

La sangre se heló en mis venas,
y no dí crédito apenas
á lo que vían mis ojos.
Secos y ásperos chirridos,
repetidos martillazos
con blasfemias confundidos.
mi pecho hacian pedazos
al llegar á mis oidos.
Presentimiento que espanta
por mi mente entonces cruza,
toma cuerpo y se ajiganta;
¡el cadalso se levanta
para Don Juan de Lanuza!

. . . .

Y en mi profunda abstraccion
y en mi terrible tristeza
sentí solo, en confusion,
tinieblas en la cabeza
y llanto en el corazon.
Muerte resonó en mi oido
y muerte doquiér miré,
y de mi pecho afligido
brotó entonces yo no sé
si un lamento ó un rugido.
La frialdad mi energía
devolvióme y mi razon.
¡Entonces amanecía
aquel triste último dia
de Lanuza y Aragon!
Fria es la mañana y cruda,
el cierzo el cielo revuelve,
la niebla á trechos disuelve
y al torreon de la Azuda
cual blanco cendal lo envuelve.
Alto cadalso enlutado

y sobre él, entre dos luces,
un Cristo Crucificado,
un tajo y el hacha al lado,
y un círculo de arcabuces,
y picas al rededor,
y dos verdugos brutales,
y algun que otro espectador
viva estátua del dolor
en los negros soportales.
Tal era el cuadro sombrio,
por el infierno evocado,
que aquel dia triste y frio
ofrecía, padre mio,
la gran plaza del Mercado.
Al pueblo más valeroso
el miedo vil amordaza
de un rey austriaco orgulloso,
y reina en toda la plaza
un silencio pavoroso.
Las siete á poco sonaron,
y las campanas doblaron,
y un murmullo se escuchó,
y un coche negro avanzó
del que tres hombres bajaron.
D. Juan uno de ellos era:
la palma imperecedera
del mártir brilla en su frente...
Con gallardo continente
subió la horrible escalera.
¡Ira de Dios! El tirano
grillos ha puesto á sus piés;
¡maldito el rey inhumano
que al mártir aragonés
infama cual á un villano!
Paseó una triste mirada,

y al ver la plaza desierta
comprendió su alma apenada
que de su patria adorada
estaba ya la honra muerta.
Su cuerpo, no sin trabajo,
ante el Crucifijo humilla:
desabrocha su ropilla,
luego tranquilo ante el tajo
dobla humilde su rodilla.
¡Instante de llanto y duelo!
Alzó el verdugo su brazo,
brilló el hacha... sentí hielo
en la frente... oí un hachazo...
y voló el mártir al cielo.
¡Ay de Felipe segundo
si Dios le pide iracundo
en su juicio, justo y santo,
cuentas de la sangre y llanto
que hizo verter en el mundo!
Pisoteóse la ley,
y con esta ejecucion
tuvo la historia un borron,
un nuevo crímen el rey
y un mártir más Aragon.

D. JUAN. Calma, Ferríz adorado;
cese tu loco delirio:
¡feliz él, pues ha trocado
la vara del Justiciado
por la palma del martirio!

ESCENA VIII.

D. JUAN, FERRIZ, FORTUN.

FORTUN. Señor...

D. JUAN. ¿Qué hay, Fortun?

FORTUN. Por vos
un hombre pregunta abajo,
en el rostro la pavura
pintada y el sobresalto:
pidiendo hospitalidad
llegó: ¿debemos dejarlo
subir?

D. JUAN. Y al punto; en mi casa
halla siempre paso franco
quien por mí pregunta. *(Váse Fortun.)*
(Á Ferríz.) Hijo,
ocúltate por si acaso,
que nadie debe fiar
en tiempo de sobresaltos,
y menos quien como tú
está á muerte condenado.
(Váse Ferríz y sale Fortun por el fondo con un embozado.)

FORTUN. Pasad: ahí está D. Juan.

D. JUAN. *(ap.)* ¿Qué quiere este hombre? Veamos.

ESCENA IX.

D. JUAN, ANTONIO PEREZ.

PEREZ. Respiro, por fin: creí
me negabais, en verdad,
la franca hospitalidad
que es fama se otorga aquí.

D. JUAN. Os engañais: de mi gente
un descuido pasajero

motivó, señor viajero,
la tardanza solamente.

PEREZ. ¿No me preguntais mi nombre?

D. JUAN. Embozado, yo respeto
vuestro prudente secreto:
sé, y basta, que sois un hombre,
y, como tal, un hermano
sumido en la adversidad
á quien hoy la caridad
mándame tienda una mano.
Cumpliré, como vereis,
este precepto divino;
seguireis vuestro camino
y nada me debereis.

PEREZ. Quien tanto bien disemina
sea bendito, señor.

D. JUAN. Bendecid al Salvador
cuya es tan sábia doctrina,
mas no al hombre; que es desbarro,
viajero, á lo que yo pienso,
dar alabanza é incienso
á un ruin ídolo de barro.
Descanse, pues, del camino,
tome en el sitial asiento,
y cobre vida y aliento
el errante peregrino.

PEREZ. Esa noble confianza
pagaros debo, á mi ver:
nada aquí puedo temer
porque á tanto el rey no alcanza.

D. JUAN. *(ap.)* ¿El rey?... Temiéndome voy...
y recelos ya me dan...

PEREZ. Mirádme el rostro, D. Juan.
(Desembozándose.)

D. JUAN. ¡Antonio Perez!

PEREZ. Yo soy.
Mas pronunciad ese nombre.
ilustre D. Juan, muy quedo.
que lleva la maldicion,
sin duda, unida á su acento,
y quema los nobles lábios
que á soltarlo se atrevieron.
Muy bajo, que hasta el ambiente
con este nombre enveneno.
Sí, yo soy: aquel privado
del árbitro y solo dueño
de entrambos mundos; yo soy.
pobre, solo, errante, enfermo.
Ni áun un pedazo de pan
hoy sin escrúpulos puedo
mendigar; quien me socorre,
de lesa traicion es reo.
¿Qué más? *(Con sarcasmo.)* Hasta soy hereje.
que Felipe, no contento
con echarme de este mundo
de mil angustias en medio.
quiere robarme la parte
que tener pueda en el cielo.

D. JUAN. Mas, ¿cómo osais, infeliz,
las fronteras de este reino
atravesar, si os hallais
condenado á muerte?

PEREZ. Cierto.

D. JUAN. Perez, ¿estais loco?

PEREZ. No.
Loco soy de penas cuerdo,
y al que niegue que lo soy
pruebe á sufrir un destierro:
verá que mayor cordura
no cabe en humano pecho,

que á tantos años de agravios
oponer el sufrimiento.
¿Por qué he pasado, decís,
las cumbres del Pirineo?
Porque mi esposa y mis hijos
gimen en lóbrego encierro,
y éste ha sido para el alma
el más agudo tormento.
Por esto entré: mas en Biescas
mis esperanzas murieron;
allí, en un barranco, yacen
entre despojos sangrientos.
Huyendo estuve dos dias,
jadeante, sin aliento,
por pinares y barrancos,
por cuencas y vericuetos,
con la angustia en el semblante
y en el corazon el miedo.
Esta noche mi destino
me trajo al castillo vuestro
á pediros... un rincon
en donde caerme muerto.

D. JUAN. ¿Y no temeis?

PEREZ. De temer
tanto, casi ya no temo,
que un alto ciprés es justo
que tema al rayo del cielo,
pero no la humilde caña
que sabe humillarse al viento;
y esto soy yo; caña débil,
seca, que quizás al fuego
de la Inquisicion irá
á juzgar supuestos yerros.
Supuestos, que los forjaron
á gusto de un rey soberbio

varas á las que han torcido
amor, interés y miedo,
por ser ellas tan delgadas
y estar en la punta el peso.
Pero no dejemos libre
el cauce á mis devaneos,
y queden agravios propios
sepultados en silencio.

D. JUAN. Dispensádme: la sorpresa
me hizo olvidar que os debo
mi completa confianza.
Ferríz llegó ayer huyendo
y está oculto: quiero que él
os vea, pues por los fueros
uno y otro habeis luchado,
aunque con hados adversos.
(Yendo á la puerta de la derecha y llamando.)
Ferríz, hijo mio, ven.

ESCENA X.

D. JUAN, ANTONIO PEREZ, FERRIZ.

FERRIZ. ¿Qué quereis? ¡Jesús!... Ese hombre...
¡Antonio Perez! *(Reconociéndole.)*

PEREZ. El mismo.

FERRIZ. ¡Dios en mis manos le pone!

D. JUAN. *(Notando la repentina cólera de Ferríz.)*
Ferríz, ¿qué te pasa?

FERRIZ. *(Con gozo feroz.)* ¡Nada!
Que nuestros limpios blasones

quiso, con su inmunda baba,
manchar un reptil innoble,
y el cielo á mis piés lo trae
para que mis piés lo ahoguen.
Que busco, há meses y meses,
á un ladron, que, allá en la córte,
quiso robarme la honra
en una lóbrega noche,
y que lo encuentro hoy aquí
y que, puesto lo dispone
el destino, tal afrenta
con la sangre que hora brote
de su pecho, ha de borrar.
Antonio Perez, dispónte
á luchar, y si no vences
ruega á Dios que te perdone.
Toma. *(Coje dos espadas de un trofeo y arroja una á los piés de Perez; D. Juan procura calmarle.)*

D. JUAN. Ferríz.

PEREZ. ¿Yo qué te hice?

FERRIZ. ¡Y que tal pregunta arrojes
á mi rostro, vive Dios!
Estas gentes aunque enloden
el honor de una familia
con sus brutales pasiones,
ni se creen responsables
ante Dios, ni ante los hombres:
y tras que deshojan lúbricos
las más perfumadas flores,
las arrojan, las olvidan,
de su pensamiento torpe
las borran, y ni siquiera
recuerdan al fin su nombre.
¿Qué me has hecho, me preguntas?

Registra bien los rincones
de tu conciencia manchada
do tanto crímen se esconde,
y si la registras bien,
quizá á tu memoria asome
el recuerdo que mi pecho,
Perez, há tiempo corroe.
¿No recuerdas? En Madrid...
De Noviembre era una noche,
el viento soplaba frio,
por las calles de la córte
nadie transitaba: en una,
ante una dama y un noble
que á su morada volvian,
se opusieron varios hombres
de negro antifáz cubiertos
que robarla se proponen.
Trabóse terrible lucha,
se oyó de aceros el choque,
un hombre herido cayó,
menudearon más golpes,
y al estruendo que movian
una ronda llega, corren
los cobardes foragidos,
cae un antífáz, y entonces,
al resplandor de un farol
que alumbra á un Cristo de bronce,
miré vuestro rostro, huisteis,
os siguió la ronda, inmoble
quedé de rabia, mi esposa
en mis brazos desmayóse,
y el herido, que en la calle
presa de agudos dolores
se retorcía, esclamó:
«Esa bella, de aquel hombre

guardad, caballero.» Dijo,
y en el suelo desplomóse.

PEREZ. *(ap.)* ¡Terrible, horrendo recuerdo!

FERRIZ. Al otro dia la córte
abandoné, volví solo
más tarde, pero en prisiones
estabais, y no era dable
el vengarme por entonces.
Esperé, y vos os fugasteis.
¡Con qué júbilo feroce
supe que de tus cadenas
limastes los eslabones!
Venganza, clamé, venganza,
y hora es ya de que la tome.
En guardia, y con tu humildad
mentida no me provoques.
¡En guardia digo!

D. JUAN. Ferríz,
perdona.

FERRIZ. *(Con salvaje fiereza.)* ¿Que le perdone?
Pedid al hielo calor,
pedid al invierno flores,
pedid al dia tinieblas
y luz pedid á la noche:
pedid á la tigre hircana
que su presa no devore,
al alúd de la montaña
que de ella no se desplome;
pedid que no abrase el fuego,
al rayo que no destroce,
mas no me pidais á mí
que no me vengue de ese hombre.

PEREZ. Tiene razon: que me mate.

FERRIZ. ¿Oís, padre? Reconoce
su traicion el miserable.

¿Y áun me pediais que ahogue
mi cólera? No.

D. JUAN. ¡Insensato!
¿No le ves errante y pobre?
¿Qué más anhelas?

FERRIZ. Su muerte.

D. JUAN. Ferríz, ¡vive Dios! ¿Supones
que mientras viva tu padre
tú vas á tocar á este hombre?
Antes tendrás que pasar
sobre mi cuerpo; no violes
la hospitalidad sagrada;
es mi huésped: ¡por San Jorje!
Respétalo como á tal,
que si aquí algun riesgo corre
todos debemos por él
sacrificarnos.

PEREZ. ¡Qué noble!

FERRIZ. *(Reprimiendo su furor como convencido, tiende su mano á Perez.)*
Tiene razon: sois mi huésped:
ved mi mano: los rencores
suspendamos, mas si fuera
nos encontramos... entonces...
(Esto con ira reconcentrada; luego casi sonriente á su padre.)
¿Estais contento de mí?

D. JUAN. Digno eres de tus mayores.

ESCENA XI.

D. JUAN, FERRIZ, PEREZ Y D.ª ANA, *que sale azorada por el fondo.*

ANA. Padre, padre, está perdido:

no me engañó el corazon.
D. JUAN. ¿Qué dices?
FERRIZ. ¡Condenacion!
ANA. Escobar nos ha vendido.
Viene tropa castellana
sin duda á prenderle aquí.
PEREZ. Lo he perdido y me perdí.
¡Suerte es la mia inhumana!
D. JUAN. Calma. ¿Quién sabe? Escobar
es noble... Me está obligado...
¿Él vendernos? Lo has soñado,
te hace el miedo delirar.
Entrad y pronto. *(Á Ferríz y Perez.)*
PEREZ. D. Juan...
D. JUAN. Nada temais, por quien soy,
que para prenderos hoy
mi cadáver pisarán.
Que estabais, os he jurado,
seguro. Adentro y alerta,
que aquí defiende esta puerta
un acero bien templado.

ESCENA XII.

D. JUAN, ANA.

ANA. ¡Ah! Con razon, padre mio.
Escobar miedo me inspira;
si viérais... cuando me mira
pone un gesto tan sombrio.
Cuando en mí fijos están

sus ojos tristes y bellos.
creo que chispea en ellos
la mirada de Satán.

D. JUAN. No es el capitan tan fiero
como lo pintas, mujer;
aunque esclavo del deber
él es todo un caballero.

ANA. ¡Ah! *(Al ver aparecer á Escobar pálido y agitado.)*

ESCENA XIII.

D. JUAN, ANA, ESCOBAR.

ESCOBAR. ¡Maldicion sobre mí!
Estais perdidos.

D. JUAN. ¿Qué es eso?

ESCOBAR. Al trascruzar esa sierra
nuestros últimos piqueros,
un hombre creyeron ver,
á lo lejos lo siguieron
creyendo que era un rebelde...

D. JUAN. ¿Y qué, Alvar?

ESCOBAR. Á Figueredo
han jurado que al castillo
se dirigió y que aquí dentro
está: dicen que es Ferríz,
y será Ferríz, ¿no es cierto?
Infeliz de él si lo es,
que el capitan avariento,
la turba indisciplinada

y mis soldados coléricos
ya están dentro del castillo
registrando todo.

ANA. ¡Cielos!

ESCOBAR. Matádme, D. Juan; en vano
he querido contenerlos:
tempestad que se desata
no es fácil calmarla presto...
¡Ni qué es un grano de arena
contra el mar que ruje fiero!

(D. Juan vá á la puerta del fondo, donde queda observando.)

ANA. ¿Del amor que me pintabais,
Alvar, esto será efecto?

ESCOBAR. Que yo...

ANA. ¡Miserable hipócrita!
Todo, todo lo comprendo.

ESCOBAR. ¡Dios mio, esto más! Doña Ana,
aquesas palabras fueron
cuchillos envenenados
que hirieron mi pobre pecho:
con mi muerte os mostraré
que hablasteis muy de lijero,
pues todo sufro de vos,
todo, menos el desprecio
y el dudar de mi honradez.

D. JUAN. Aquí llegan.

ANA. ¡Santo cielo!

(Quedan D. Juan y D.ª Ana delante de la puerta de la derecha. Escobar sale al encuèntro de Figueredo, quien llega por el fondo seguido de algunos soldados de los tercios, los cuales quedan al fondo.)

ESCENA XIV.

ANA. D. JUAN, ESCOBAR. FIGUEREDO. *soldados.*

ESCOBAR. ¿Estais convencido ya,
capitan, de que fué sueño
lo que contara esa gente?
FIGUER. No tal.
ESCOBAR. ¿Que no, Figueredo?
¿Qué os falta?
FIGUER. Registrar,
Escobar, ese aposento.
(Señalando aquel donde están Perez y Ferríz. Escobar comprende lo que pasa, por la actitud de D.ª Ana.)
ESCOBAR. Es inútil; lo hice ya.
(Figueredo sorprende la mal disimulada turbacion de D.ª Ana y D. Juan.)
FIGUER. Pues yo por mí quiero hacerlo.
ESCOBAR. ¿No os fiais?
FIGUER. No me fio.
ESCOBAR. ¡Villano!... Ese insulto...
FIGUER. Luego,
si os place, capitan,
á solas ventilaremos:
ahora... paso.
ESCOBAR. Que cedais
con toda mi alma os ruego.
FIGUER. Paso, Alvar.
ESCOBAR. ¡Por vuestra madre!
FIGUER. No.

ESCOBAR. ¡Por Dios!

FIGUER. ¡Voto al infierno!
¡Paso!

ESCOBAR. ¿Lo quereis? Pues sea.
¡Atrás!

FIGUER. ¡Traicion!

ESCOBAR. Traicion, bueno:
como gusteis, mas ¡por Cristo!
que no entrais á ese aposento.
(Desnuda su espada y lo mismo Figueredo.)

FIGUER. ¡Á mí, soldados! *(Avanzan estos contra Alvar y D. Juan, que se ha puesto á su lado con la espada desnuda.)*

ESCOBAR. ¡Atrás!

FIGUER. Rendíos.

ESCOBAR. No.
(Se abre la puerta y aparece Ferríz, que aprovechándose de la turbacion de D.ª Ana, pasa al centro y con voz potente exclama:)

FERRIZ. Todos quietos.
(Figueredo hace asomar á sus lábios una infernal sonrisa de triunfo. Escobar deja caer sus brazos con abatimiento. D. Juan recibe en los suyos á D.ª Ana, que solloza amargamente, y Ferríz muestra la dignidad y entereza de un héroe.)

ESCENA XV.

D.ª ANA, D. JUAN, FERRIZ, ESCOBAR, FIGUEREDO *y soldados.*

ANA. ¡Mi Ferríz!

ESCOBAR. ¡Está perdido!

FIGUER. He triunfado en la partida.

FERRIZ. *(Aparte á su padre.)*
Aunque á costa de mi vida,
Perez salvarse ha podido.
(al.) Yo soy: no quiero que en vano
corra la sangre por mí.
Padre *(Á D. Juan)*, cual bueno cumplí.

D. JUAN. Gracias.

FERRIZ. *(Á Escobar.)* Abrázame, hermano.

FIGUER. Escobar, pues que traidor
fuiste al monarca y la ley,
te prendo en nombre del rey
Felipe, nuestro Señor.

(Escobar hace un gesto de indiferencia y desprecio, y entrega la espada á Figueredo.)

ESCOBAR. ¡Cobarde!

FERRIZ. *(Á Figueredo.)* Pues que la suerte
se os ha mostrado propicia,
y pues que á mí *la justicia*
(Con sarcasmo.)
del rey me condena á muerte,
que marchemos sin tardar
por nuestro interés es bien.
vos... para que el premio os dén,
yo... martirios por ahorrar.
Ya en Madrid, al rey decid
que en el suelo de Aragon
tras de cada ejecucion
brotará un nuevo adalid.
Que nuestra sangre será
sávia que, para su espanto,
de Sobrarbe al árbol santo
nueva juventud dará.

D. JUAN. ¡Terrible y ruda batalla!

FIGUER. Pronto.

ESCOBAR. Mónstruo sin conciencia.

FIGUER. Que se acaba mi paciencia.

FERRIZ. ¡Mercader de sangre, calla!
Pronto palparás contento
ese oro que es hoy tu encanto.
¡Ojalá te pese tanto
cual me pesa el pensamiento!

ANA. *(Al ver que Ferríz se dirije al fondo, se arroja en sus brazos.)*
¡Ferríz!

FERRIZ. *(Mirándola, y como dudando.)*
¡Oh!

D. JUAN. ¿Vás á dudar?

FERRIZ. Padre, no; pues á Dios plugo,
solo el hacha del verdugo
podrá mi frente humillar.
Para mi noble Aragon
mi sangre, mi último aliento;
para Dios mi pensamiento,
para tí *(Á D.ª Ana)* mi corazon.
(Con resolucion.)
Y vamos, porque agolparse
siento lágrimas ardientes,
y no quiero que esas gentes
puedan nunca imaginarse
que tengo apego á la vida
y que esto el paso me ataja...
¿Qué rama, que se desgaja
del árbol, no gime herida?
¡Adios! *(Besando con delirio á D.ª Ana, mientras la estrecha en sus brazos.)*

D. JUAN. ¡Su acento destroza
mi corazon!

ESCOBAR. ¡Hado impío!

(Ferríz se desprende súbitamente de los brazos de D.ª Ana, y la indica á D. Juan, que la contiene: á una señal de Figueredo, rodean los soldados á Ferríz y Escobar, y ván hácia el fondo.)

ANA. ¿Á dónde vás, Ferríz mio?
(Con acento desgarrador.)

FERRIZ. ¡Á morir á Zaragoza!

(Vánse. Tras ellos se cierra la puerta del fondo, hácia la que vá D. Juan, mientras Ana cae de rodillas, elevando al cielo sus ojos llenos de lágrimas.)

ESCENA ÚLTIMA.

D.ª ANA, D. JUAN, *luego* ANTONIO PEREZ.

D. JUAN. Sí: reza, reza, hija mia.
ANA. ¡Padre, me mata el dolor!
D. JUAN. Llora, el llanto es bienhechor.
¡Pobre niña, flor de un dia!
(Sale Perez pálido y balbuciente.)
PEREZ. D. Juan, un héroe es.
D. JUAN. Libre estais.
ANA. ¡No hay esperanza!
D. JUAN. Perez, esta es la venganza
de un hidalgo aragonés.

FIN DEL DRAMA.

